

RESEÑA DE LIBROS

PAUL SIVADON Y FRANÇOIS GANTHERET. *La reéducation corporelle des fonctions mentales*. Collection des Sciences humaines appliquées. Editions Sociales Françaises. París, 1965; 200 págs. en cuarto.

Esta obra formidable por su minucioso estudio de la recuperación de enfermos mentales, precisamente a través de ejercicios corporales, ha sido escrita por el profesor de la Facultad de Medicina de París y director del Centro de Recuperación Instituto «Marcel Rivière» adscrito a la misma, Paul Sivadon, en colaboración con François Gantheret, jefe del Servicio de Fisioterapia de la mencionada institución. Cada uno de ellos se ha ocupado de una de las dos partes en que se divide la obra, pero, no obstante, ambos autores colaboran de manera ininterrumpida por una causa común, dentro de una misma institución, guiados por principios teóricos análogos y con frecuencia idénticos, pero, sin embargo, situados por sus funciones en puntos de vista diferentes.

La parte primera la aborda Sivadon y en ella estudia una panorámica retrospectiva de los diversos métodos de recuperación, el problema del espacio y de la orientación espacial en el hombre y su repercusión en la terapéutica psiquiátrica, para desarrollar con amplitud y profundidad los caracteres de las funciones mentales y su reeducación, terapia y adaptación.

La segunda parte corre a cargo de Gantheret, el cual en dos grandes capítulos aborda los temas de la reeducación corporal de las funciones mentales como especialista entregado a la misma en la vida diaria, y tiene buen cuidado de encontrar soluciones técnicas concretas a los problemas psicopatológicos que se le presentan; esto le lleva a trasponer estos problemas en términos de vicencias corporales.

Ambos concuerdan en reconocer el carácter polidimensional de la casualidad en medicina mental. Si son necesarios factores múltiples y convergentes para determinar una enfermedad, se debe también prever un principio terapéutico multidimensional; y entre estas dimensiones una de las menos despreciables en opinión de los autores es la que corresponde a los fundamentos sensitivo-motores de la personalidad.

Entrando en detalle somero de los capítulos, Sivadon pone de relieve, en primer lugar, la resistencia que se opone en general al desarrollo de estos métodos de reeducación por

parte de quienes afirman que, siendo las funciones mentales del dominio del espíritu, mal podrán los movimientos del cuerpo intervenir en su tratamiento; otras veces se argumenta sobre el papel predominante del sistema endocrino en las funciones mentales y solamente el tratamiento a base de hormonas y drogas neuróticas podrán corregirlas. A todas estas posturas incompletas, Sivadon presenta su afirmación experiencial de que *las funciones mentales constituyen funciones de integración y podemos intervenir directamente en ellas modificando los elementos que se tratan de integrar*.

En el capítulo 2 responde a la cuestión primordial que da sentido al libro—*¿Qué son las funciones mentales?*—. Son funciones del organismo y representan en el interior de él la situación del organismo con relación al mundo bajo forma de imágenes que parten de los objetos exteriores.

1.º *Son funciones de sensibilidad*. La materia viva es sensible a sus propias modificaciones; el organismo es modificado en su superficie y está reaccionando siempre de forma idéntica a sus condicionamientos internos. De una parte, la tendencia inconsciente ligada al pasado de manera constante, y de otra, la solicitud de variación ligada al presente, integrándose estas dos sensibilidades heterogéneas e inconscientes en una sensibilidad homogénea y consciente.

Sensibilidad no quiere decir consciencia, ya que la consciencia es la forma especial de sensibilidad de nuestro cuerpo que produce la integración final de las diferentes sensibilidades.

Distingue luego la gradación de inconsciente a consciente haciendo la comparación entre el sueño y la vigilia de forma magistral; la consciencia bajo formas de sueño presenta elementos de sensibilidad significativa, ligados, afectivamente, al pasado y futuro, incompatibles con los que integra el sujeto cuando está despierto; es decir, en el sueño se da una integración subjetiva interna. Por el contrario, cuando está despierto se da un rechazo de las imágenes soñadas por la afluencia de los aportes informativos sensoriales, lo que les hace volver a aquellas al terreno de lo inconsciente, para dejar paso a las imágenes del mundo exterior.

La integración de las significaciones internas con las informaciones de origen sensorial es la que origina la evidencia de realidad ob-

jetiva consciente. Cita como casos morbosos tres principalmente: la mala integración o psicastenia, la integración desequilibrada producida por trastornos sensoriales y la integración gravemente perturbada o esquizofrenia, perturbaciones las tres que desembocan en la pérdida del sentido de realidad o en la atribución de realidad objetiva a las imágenes (alucinación).

2.º *Son funciones de significación*.—La resultante de las dos sensibilidades, o sea, los imperativos del pasado hereditario y las necesidades del presente es una sensibilidad global, relacional, habitualmente consciente que indica, bajo forma de imagen significativa, la relación entre el pasado y el presente condicionando un futuro. Lo explica con una sencillez meridiana; la imagen del mundo que se nos muestra nos condensa modificaciones sensoriales y modificaciones propioceptivas, y si hay una buena integración se da la proyección al mundo exterior de estas sensibilidades de nuestro cuerpo. Por el contrario, si la integración es mala, se da un conflicto generador de angustia, a no ser que la imagen del mundo se transforme y se resuelva el conflicto a nivel de la sensibilidad interna o sensorial.

3.º *Son funciones de comunicación*.—Por las que cada individuo ajusta el mundo de sus representaciones al de los otros. Por ellas se crean entre los individuos mediadores simbólicos que permiten preservar a la vez la unidad de un mundo objetivo común y la singularidad del yo subjetivo. Los objetos simbólicos o vectores de significación representan, después del contacto directo inmediato y del sensorial próximo, los mediadores privilegiados de la relación interhumana.

La comunicación mediata con otro, que es de las más características de las funciones mentales, se realiza también por medio de instituciones que organizan a diversos niveles cambios entre los hombres, regulando las modalidades y continuidad, así como los valores morales y religiosos que aseguran la solidaridad interhumana sobre la base de agrupamientos.

En toda sociedad de cualquier tipo se encuentra la necesidad de fusión del individuo en un grupo más o menos amplio y permanente, donde goza el sentimiento de seguridad comprometido por la conquista de su autonomía; los valores espirituales que mediatizan esta unión,

protegiendo la autonomía necesaria, unen a los hombres por dentro y la ligazón está asegurada por la creencia íntima de cada uno en el valor del ideal común.

El conocimiento científico o simplemente el saber común es otro mediador que une a los hombres por fuera objetivamente y los desembaraça de la angustia de lo desconocido.

4.º *Otro aspecto esencial de las funciones es el de controlar el comportamiento* al integrar las funciones de sensibilidad y motricidad. En efecto, la sensibilidad mide las relaciones en el tiempo y en el espacio en las modificaciones del mundo exterior; las relaciones se llevan a un esquema que se acerca lo más posible a los esquemas de comportamiento preexistentes en el sistema nervioso. Esquemas perceptivos y esquemas motores interactúan, se controlan mutuamente y se integran de manera global en una estructura de comportamiento.

Un comportamiento es un conjunto de conductas, o sea, actividades dirigidas a un fin, siendo conscientes o no sus motivaciones. Nuestras funciones mentales corresponden a la manera cómo el organismo experimenta su relación con el mundo y cómo reacciona a esta prueba. Nuestro comportamiento se inscribe en una trayectoria, nuestras funciones mentales proyectan delante de nosotros la línea del tiempo, la imagen ideal de nuestro porvenir, y este movimiento hacia delante es el que favorece las tendencias contradictorias de nuestro ser.

Por ello, la acción orientada bajo todas estas formas (motriz o expresiva o representativa) es la que permanece como el medio más eficaz para superar los conflictos y mantener el equilibrio de la personalidad o reconquistarlo.

En el apartado que dedica a los principios básicos de reeducación, terapia y adaptación pone de relieve cómo toda situación tiende a provocar un acostumbamiento si se repite en una atmósfera de seguridad; el sentimiento de seguridad viene dado por la confianza en sí, por la fe en los valores que orientan la conducta y por la certeza de la participación en un grupo humano solidario. El sentimiento de inseguridad va frecuentemente ligado a experiencias anteriores desgraciadas y puede ser patógeno si la situación comporta una realidad que oprime, es decir, que no permite escapar a ella ni transformarla, y ello tanto más cuanto el sujeto está efectivamente aislado.

El trastorno así provocado podrá ser tratado por una situación inversa, a saber: una atmósfera que proporcione seguridad, gracias a relaciones afectivas favorables o a ciertas disposiciones del marco material; también gracias a la relajación muscular, mientras que los elementos que daban inseguridad en la

situación patológica se presentan de tal forma que puede escaparse a ellos o transformarlos. La psicoterapia institucional está hecha de esta dosificación de factores que dan seguridad y de realidades a la vista de las cuales el sujeto ha desarrollado una intolerancia; estas realidades deben presentarse de tal forma que pueda asimilarlas bajo una manera simbólica o fantasmática.

Manejando situaciones angustiosas presentadas de modo irreal en una situación que se vuelve a sentir con seguridad, es como se aprende a dominar la angustia. La terapia se distingue de los métodos de adaptación por los motivos siguientes: *la terapia persigue poner al enfermo frente a las causas de su angustia de manera simbólica, mientras que le ofrece un marco real de seguridad* compuesto de relaciones humanas y de condiciones materiales privilegiadas. Los métodos de adaptación, por el contrario, tienden a eliminar las causas de la angustia y a proponer al sujeto un marco de vida a la medida de sus medios, es decir, simplificado. Con esta orientación corremos el peligro de hacer de la institución un medio protegido donde el sujeto ejecute un verdadero trabajo, reciba un verdadero salario y afronte dificultades concretas en relación con sus aptitudes disminuidas; esto es adaptarle a la institución, pero no prepararle para salir de ella. Si se quiere tratar al enfermo con un fin curativo, es preciso enfrentarle en la institución con las realidades del exterior, las de ahora y las de mañana, realidades obligatoriamente presentadas en situaciones analógicas.

El fin que se persigue es la reconstrucción de lazos interhumanos que tengan los caracteres del psiquismo, o sea lazos simbólicos. La dificultad a vencer es la de permitir a estos lazos o vínculos que sean a la vez un elemento de separación, favoreciendo la autonomía, y un factor de unión preservando la seguridad. El fundamento práctico del método consiste en buscar objetos y situaciones simbólicas que ofrezcan este doble aspecto a diversos niveles en proporciones graduadas, siendo la cualidad mediadora del símbolo la relación entre esos dos valores emocionales.

No es cortar la necesidad de amor y de seguridad con ayuda de un sustituto apenas definido, sino interponer entre el sujeto y el terapeuta un mediador simbólico que obra a la vez como separador y como factor securizante; es preciso favorecer el establecimiento de vínculos a distancia. Los pedagogos saben cuánto importa que el modelo analógico tenga una significación por sí mismo suficiente para motivar el comportamiento del sujeto.

Un juego educativo debe ser un juego que posea por sí mismo bastante significación para que su ca-

rácter educativo no sea aparente hasta el punto de destapar todo su encanto a los ojos del niño. Permanecerá educativo en la medida en que su estructura es análoga al comportamiento que se trata de favorecer. Por ejemplo, el juego de las bolitas permite a la vez tomar distancia a la vista de un trabajo escolar y manipular una estructura de numeración y de espacio que hará más atrayente el cálculo y la geometría. Este doble movimiento de distancia y atracción debe ser favorecido por la situación simbólica que se propone al enfermo que se reeduca.

La lección de gimnasia frente al monitor es una lección que tiende al ejercicio para mantener la armonía del gesto motor, pero ella posee la estructura analógica de la relación interhumana por imitación y, sobre todo, de la imagen del cuerpo de otro, ejecutando los movimientos que él ejecuta en sí mismo; y esto es el preludio de la toma de consciencia de la imagen de sí en su relación con el sentido cinético y postural.

El juego del balón, bajo todas sus formas, es en sí un juego apreciado en todas las edades y bajo todos los climas. Pero la estructura analógica corresponde al cambio interhumano de ayuda o en forma competitiva libre o reglamentada. Más adelante define como características esenciales de los métodos reeducativos el ser activos por antonomasia, favorecedores de la autonomía y utilizan los efectos provechosos del grupo. El pensamiento es una acción «suspendida», evocada como recuerdo o proyectada como intención eventual en el futuro, mientras la emoción es una puesta en tensión, una preparación para la acción. Y el mejor medio de descargar una tensión emocional es el de expresarla y resolverla en la acción, siendo ésta la reducción concreta y la actualización del pensamiento.

La forma más simple de la comunicación interhumana es la acción en común. Adoptando las mismas actitudes hacia los objetos, persiguiendo el mismo objetivo es como se establece más fácilmente el contacto entre los individuos. Las actividades colectivas representan uno de los medios más eficaces de normalización de que disponen los reeducadores. Las técnicas de reeducación deben ser llevadas de tal suerte que favorezcan el reaprendizaje de la integración, proponiendo en justa proporción parejas opuestas de seguridad e inseguridad, de juego y realidad, de libertad y construcción, de responsabilidad y dependencia. Recordar siempre que la personalidad que tratamos de reconstruir no es un objeto, sino una relación de fuerzas.

En otro capítulo aborda el problema del espacio en terapéutica y afirma que el espacio es con el tiempo uno de los ejes por relación a los cuales se organiza el comporta-

miento. En efecto, la vivencia de toda relación del organismo con un elemento cualquiera del mundo exterior, objeto vivo o inanimado, es función del espacio en el que se efectúa la relación; por esto, la proximidad o la distancia que hace posible la reunión con otro securizante o inseguro, provocan inhibición, agresión o fuga.

Lo importante no es que el espacio sea grande, sino que sea conocido, que la forma y la distancia de sus límites permitan apreciar la significación del acercamiento del otro y que permita, al menos, una de las tres defensas del peligro: la agresión, la huida o la inhibición motriz. Todo espacio que no reúna estas condiciones demasiado grande, demasiado pequeño, de forma tal que permita apreciar mal el peligro y detenerlo es inseguro; y la *inseguridad se traduce biológicamente por procesos catabólicos, rechazo de acostumbamiento, yendo desde la pérdida de relaciones sensorio-motrices hasta la pérdida de relaciones alimentarias.*

El espacio humano está considerablemente modelado en su significación por factores culturales; la relación con el mundo y particularmente con el otro se manifiesta con un comportamiento que depende en gran parte de la estructura del espacio y de su significación. Si la significación espacial es securizante se favorece el encuentro y se establece la comunicación, mientras que una situación espacial vivida como peligrosa se opone al establecimiento de una relación satisfactoria.

¿Cuál es un espacio securizante? Es un espacio familiar que puede ser explorado e integrado fácilmente; es decir, del que la percepción y representación mental son facilitadas y cuya forma facilita referencia del comportamiento de los otros. Las formas buenas por excelencia son el círculo y el rectángulo, sobre todo este último, porque permite mucho mejor la orientación y referencia. La dimensión y la forma del espacio no son los únicos elementos de seguridad; la protección, gracias a los muros sobre ciertos lados que no obliga a la vigilancia más que en las dos direcciones, levanta la angustia del peligro que tiene por detrás. Sobre todo, la posibilidad de huida es la garantía suprema de la seguridad.

Hay espacios alegres o tristes, según induzcan angustia o seguridad; también hay espacios sociópetas y sociófugas. En efecto, como todos los seres inquietos, los enfermos mentales buscan los ángulos protegidos, las situaciones elevadas en alto, los espacios que pueden controlar con la vista. Se angustian en un espacio demasiado restringido; espacio *sociófugo* es la estación del ferrocarril, la sala de la biblioteca y muchos hospitales; todo en ellos está previsto para deshacer la comunicación humana. A la inversa, nada hay más sociópeta que los restaurantes y cafés, y en cambio en los «halls» y corredores por su carácter sociófugo vemos frecuentemente muchos más sujetos inactivos.

El espacio es agente terapéutico: si un enfermo debe ser acostumbrado a la soledad conviene que su cuarto esté próximo al lugar donde tiene servicio la enfermera, que él se sienta bajo su protección en el área de su vigilancia. Si se pretende establecer contactos en un grupo pequeño, es preciso que el marco material sea lo más securizante posible, tanto más cuanto la actividad propuesta es menos familiar. Por el contrario, si se quiere acostumbrar a los enfermos a un espacio inseguro, es preciso promocionarles en este espacio una actividad securizante: la comida en pequeñas mesas, por ejemplo. La superpoblación de un servicio se traduce por una pérdida de relaciones humanas.

Las funciones mentales, que son funciones mediadoras, exigen para su funcionamiento armonioso ciertas condiciones de número y distancia: un grupo demasiado denso en un espacio demasiado restringido tiende a suprimir la función mediadora y a favorecer el contagio de tipo gregario; los comportamientos que resultan de ello son fruto del aislamiento y de la imitación origen de las actitudes estereotipadas, alternando con las agitaciones colectivas.

La solidez de las funciones mentales se mide por la capacidad de soportar de una parte el estar sumergido en la gente, sin perder su autonomía personal; de otra parte, el estar aislado de todo contacto humano, sin perder el sentimiento de su propia seguridad. Entre estas dos exigencias contradictorias de se-

guridad que implica la proximidad y de autonomía que implica la distancia, se desenvuelve el papel de las funciones mentales.

Toda la parte segunda se dedica a la explicación de la génesis de la imagen corporal a la significación del movimiento humano, tomándolo con su valor de expresión personal de gesto y considerándolo más allá de su valor pragmático. Distingue entre movimientos espontáneos (acciones transitivas y reacciones motrices) que tienen una finalidad, movimientos expresivos con significación inmanente no intencional y movimientos representativos que son los específicamente humanos, ya que los dos primeros son comunes al hombre y a los animales.

Hace después Gantheret un análisis de la danza, la mímica, el mimo y el gesto deportivo como diferentes tipos de movimiento y de expresión de actitud personal, afirmando que el hombre, a través del fin más práctico de su movimiento, se define todo entero, pone toda su personalidad.

Describe magistralmente la «gestalt tónica» o «tonus muscular», comparándola con el «tonus mental» o estado psíquico, y la define como el estado de tensión propia de los grupos musculares, aunque éstos no estén implicados en una motricidad física. Basado en estos principios, aduce una serie de normas prácticas de terapia física estableciendo un diálogo corporal del sujeto consigo mismo, manipulando objetos a solas o en comunicación con otros sujetos, ejercicios todos encaminados a la mejora y recuperación de las funciones mentales del individuo, precisamente a través del empleo racional y sistemático de sus propios recursos físicos de movimiento.

En suma, y para no alargar la ya de por sí prolongada recensión, es una obra de interés colosal para los que se dedican a la especialidad, y está tratada y descrita con un conocimiento psicológico y competencia poco comunes y con una claridad de exposición formidable que no hace más que reflejar la claridad de ideas y experiencia de sus conocidos autores.

ISABEL DÍAZ ARNAL